

Levante

9 de diciembre de 2007

domingo

ENTREVISTA

Bernat Soria

«Estoy en contra de que la salud sea un negocio» PÁG. 6/7



FOTO: CESAR CEBOLLA/ALFAM

Niños que maltratan a sus padres

Alfons García. Valencia.
FOTOS: FERRAN MONTENEGRO /
F. BUSTAMANTE

ESTA es una historia de niños consentidos, acostumbrados a sólo aceptar el sí a sus exigencias, y de padres desbordados. Es también una crónica de la vida moderna, de días largos de trabajo y pocas ganas de estar con los hijos cuando la jornada laboral acaba. Este es un acercamiento al fenómeno de los hijos maltratadores, una realidad que crece en cifras pero que experiencias como la escuela de padres de la Colonia San Vicente Ferrer de Burjassot demuestran que tiene tratamiento. Es, en fin, una historia sobre educación, aquello que un sabio (Skinner) dijo que es lo que sobrevive cuando lo aprendido se ha olvidado.

Norma —los nombres de jóvenes y padres son ficticios— tiene 14 años y lleva tres meses en el centro de reforma de menores de Burjassot, donde cumple la medida judicial impuesta después de que sus progenitores denunciaran el maltrato. Les pegaba, les insultaba e incluso escupía en sus platos. «Mi madre me mandaba cosas y yo no las hacía», explica ahora con tristeza. «Cuando pienso en aquello me pongo a llorar. No lo pasaba bien».

Han transcurrido algunas semanas desde entonces y la intervención ha sido positiva. Ocurre con frecuencia con los adolescentes maltratadores, asegura la pedagoga de la colonia, Cristina Arias. La vida entre unas reglas de convivencia estrictas y claras suele funcionar en este tipo de menores. «No son chicos conflictivos aquí. Tienen una buena capacidad de aprendizaje y se adaptan pronto a las normas», explica. Ingresan, continúa, con resentimiento ha-

cia los padres, pero luego desean verlos y estar con ellos los fines de semana.

Cuando la medida judicial lo permite, los menores gozan de permisos para estar con sus progenitores. Para salir firman un contrato por el que se comprometen a respetar una serie de normas concretas. Si se las saltan, los padres han de sancionar. En el caso de una vulneración grave, es el centro el que adopta acciones.

Norma relata su situación actual: «Me siento distinta. Antes era una vaga. Hago bien las cosas, soy cariñosa. Ahora si me dicen "no" es "no", antes era "si no, te pego". Estoy más tranquila». Conserva algunas amistades de antes, «las que me convienen», dice. La ven distinta, «no tan agresiva. Me creía la más en la calle».

Salía hasta la hora que quería.

Raúl lleva más de cinco meses en el centro y está a punto de cumplir su medida judicial. El director, José Miguel Bello, confiesa que no confiaba nada, creía que era un caso perdido cuando entró, pero la familia ha colaborado mucho y hoy Raúl es un ejemplo para otros que entran. Tiene 16 años y llegó de la mano de la policía, porque nunca se hubiera presentado por su cuenta. «Me hubiera fugado», admite.

Nunca pegó a sus padres, afirma tajante para dejar las cosas claras desde el principio, pero siempre estaban discutiendo y reconoce que se ponía muy agresivo. Además, hacía lo que le daba la gana: «Salía hasta la hora que quería. Una vez estuve hasta dos días sin volver». Dejó el trabajo y el fútbol —estaba en la cantera de un equipo importante de la Comunitat Valenciana— para poder levantarse a las doce de la mañana todos los días y vivir a su aire. Sisaba a sus padres, cometió



Cristina Arias y Pepa Sánchez, terapeutas de la Colonia San Vicente Ferrer, con un adolescente «maltratador» (de espaldas).

LIBROS

El ángel exterminador

Alfred Bosch recrea la vida y la muerte de Gaietà Ripoll, el último ejecutado por la Inquisición, que tuvo lugar en Valencia. PÁG. 4/5



Continúa en la página siguiente >>

ed

Niños que maltratan. En la Colonia San Vicente Ferrer de Burjassot se ha puesto en marcha una escuela de padres para abordar un fenómeno que crece año a año

>> Viene de la página anterior

algún pequeño robo y, por supuesto, fumaba porros.

La realidad es hoy bien distinta: «Si no salgo con los amigos me da igual. Antes tenía que irme de casa, ahora estoy a gusto». Afirma que ha aprendido a respetar, a cumplir unas normas y a hacer las tareas de casa. Pero los padres también han cambiado, sostiene: «Antes me decían siempre lo malo, estaban enfadados. Ahora también me dicen lo malo —sonríe—, pero no siempre. Puedo hablar con ellos».

«Ya sabes que es un proceso —le indica el director— y que no puedes bajar la guardia. Depende de ti, de controlarte, de las amistades, de lo que consumes. Las consecuencias las conoces».

La terapeuta del centro, Pepa Sánchez, precisa que las drogas no son la causa del maltrato a los padres, aunque algunos de ellos intenten verlo así. «Son un facilitador, pero no la causa», sentencia.

Enseñar a los padres. El trabajo con los padres es fundamental en estos casos. Y el más complicado en ocasiones, apuntan los profesionales de la colonia. «Puedes predecir el éxito de la intervención en función de ellos», comenta Sánchez. El objetivo es que las dos partes asuman su responsabilidad y, a veces, les cuesta. «Se cierran en que la culpa es de los amigos, la sociedad, las drogas... y no asumen que ellos lo han educado así», explica Cristina Arias.

Una parte esencial de la terapia es, por tanto, que los adultos aprendan a decir no. ¿Quieren un caso extremo de crío tirano (la expresión es del profesor Vicente Garrido)? El de un niño de 14 años al que sus padres nunca habían dicho no a sus exigencias y llegaron a vender el coche para comprarle la última: una tele de plasma. Lo cuentan Pepa y Cristina todavía sorprendidas.

«A los siete u ocho años las demandas son más asumibles, pero luego van creciendo y surge el conflicto», abunda Bello. Explica que a la escuela de padres de la colonia llegan los casos más extremos, donde hay agresiones físicas o psicológicas de gravedad (continuadas o muy fuertes). Los niños entran por orden judicial; la participación de los padres es voluntaria.

El trabajo con los padres es el más complicado: «Se cierran en que la culpa es de los amigos o las drogas. No asumen que ellos lo han educado así»



Un momento en un taller ocupacional de la Colonia San Vicente Ferrer

La iniciativa puesta en marcha por la Generalitat cumple ya cinco ediciones, durante las cuales han pasado cerca de 30 parejas. El objetivo de la actuación con cada familia es mejorar la relación entre ambas partes y que el maltrato disminuya hasta extinguirse. «Un hijo perfecto no va a ser, pero lo más importante es que haya autocontrol. Que las situaciones de conflicto que se puedan dar se afronten sin agresividad», expone Arias.

Perfil de las familias. En contra de lo que cualquiera prejuzgaría, la mayoría son familias de clase media-alta, no hay abandono de los menores y estos no presentan gran retraso educativo (factor habitual en los que ingresan por otros delitos). «Los padres vienen hechos polvo, quieren a los hijos y denunciar significa para ellos admitir un fracaso. Confiaban en el afecto y en darles todo», explica el director.

«Les cuesta poner normas claras y sancionar —agrega Arias—. Es habitual también en ellos un cansancio producido por el modo de vida actual: llegan tarde a casa, agotados, y es más fácil ceder y decir que sí». «Piensan además que todos hacen lo mismo que ellos», remata Sánchez. ■

La experiencia de una madre

Flora habla desde el otro lado. Su hijo estaba en una situación límite, relata. La convivencia era deplorable y tomó la decisión de ir a la Fiscalía: «Denunciar es una situación muy difícil para una madre, pero estaba convencida de que era la única forma de ayudarlo».

El principio fue duro, explica: régimen cerrado del chaval, visitas restringidas y orden de alejamiento. «Con ayuda, el contacto se ha vuelto a restablecer», cuenta. Después de poner a prueba las experiencias de la escuela de padres durante algunos fines de semana, el joven vuelve a estar en casa. «La convivencia no es magnífica, pero es convivencia», valora.

¿Los errores del pasado? «Falló la educación, consentimos demasiado. También influye su entorno, que no ha ayudado, y su personalidad, especialmente difícil», resume. La escuela de padres le ayudó a reflexionar, dice. A ver la importancia del diálogo, de poner normas precisas y sancionar lo malo. «También ves que no eres la única que pasa por esto ni tu situación es la más difícil», añade. No obstante, la terapia no siempre funciona. El índice de éxito se sitúa en torno al 80%. Hay padres, explican las terapeutas, que no

aceptan su responsabilidad o se resisten a marcar unas pautas claras. No obstante, el joven también vuelve en estos casos con la familia al acabar su medida.

Los menores maltratadores que entran en la Colonia San Vicente Ferrer (en la imagen inferior) tienen de 14 a 18 años. Para José Miguel Bello, sería ideal poder actuar antes, de modo preventivo, porque «los problemas no empiezan a los 12». El experto estuvo recientemente en un congreso sobre esta materia en Sevilla y los datos mostrados allí indican que la Comunitat Valenciana es la que acumula más denuncias a hijos por maltrato (más de 700). Opina que ello se debe a que se ha dado mucha difusión a la intervención que se realiza, de forma que las familias se callan menos. El silencio se ha roto.

A. GARCÍA

